

Para concluir, y con ánimo de redondear, por decirlo así, los propósitos y el plan bajo que hemos concebido y ordenado la publicación del presente tomo, damos á continuación traducido el PREFACIO puesto al frente de la ya citada edición italiana, que es como sigue :

«Con la verdad se camina siempre hácia la perfeccion : con el error se suele correr, pero para retroceder bien pronto y precipitarse en el abismo. Solo en el Catolicismo está la verdad ; fuera de él no hay sino errores, apariencias y fantasmas de verdad ; y el mas importante servicio que puede por tanto hacerse á los hombres, es el tratar de confirmarlos y restituirlos á las vias católicas. Si antiguo es el Catolicismo, no por eso envejece, sino antes bien, por su inagotable vigor y su fecundidad prodigiosa, muestra siempre la frescura de una eterna y robustísima juventud. Los errores que incesantemente le combaten, son para él otras tantas ocasiones de manifestar mas y mas las luces inmensas de sus bellezas incorruptibles : y los grandes escritores católicos que en todos tiempos han florecido en su seno, abundaron tanto mas en esplendor y en maravillas, cuanto mas ardientes y numerosos han sido los continuos ataques de la mentira contra la verdad. Hoy que la Iglesia encuentra un enemigo formidable en la monstruosa heregía del Racionalismo, que concentra en sí todos los errores y todas las heregías, natural era que se publicasen escritos sublimes que con admirable modo espusieran lo que ha sido, es y será eternamente inconcuso, lo que ha sido, es y será eternamente faro luminoso que muestre á los náufragos el puerto, y fuente perene de salud para la flaca humanidad. Aquellos escritos serán uno de los medios de salvacion para esta sociedad tan estremecida y minada en sus mismos cimientos : y mereciendo tan distinguido lugar entre los mas preciados el ENSAYO del ilustre Sr. DONOSO, nos hemos decidido á traducirlo en nuestra lengua, con el fin de que facilitada y propagada la lectura de esta obra, pueda mas y mas extenderse el gran provecho que de ella sacarán cuantos la conozcan y mediten.»

## LIBRO PRIMERO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

DE CÓMO EN TODA GRAN CUESTION POLÍTICA VA ENVUELTA SIEMPRE UNA GRAN CUESTION TEOLÓGICA.

Mr. Proudhon ha escrito, en sus *Confesiones de un revolucionario*, estas notables palabras : «Es cosa que admira el ver de qué manera en todas nuestras cuestiones políticas tropezamos siempre con la teología.» Nada hay aquí que pueda causar sorpresa, sino la sorpresa de Mr. Proudhon. La teología, por lo mismo que es la ciencia de Dios, es el Océano que contiene y abarca todas las ciencias, asi como Dios es el Océano que contiene y abarca todas las cosas.

Todas ellas estuvieron antes de que fueran, y están despues de creadas, en el entendimiento divino ; porque si Dios las hizo de la nada, las ajustó á un molde que está en él eternamente. Todas están allí por aquella altísima manera con que están los efectos en sus causas, las consecuencias en sus principios, los reflejos en la luz, las formas en sus eternos ejemplares : en él están juntamente



la anchura de la mar, la gala de los campos, las armonías de los globos, las pompas de los mundos, el esplendor de los astros, las magnificencias de los cielos. Allí está la medida, el peso y número de todas las cosas, y todas las cosas salieron de allí con número, peso y medida. Allí están las leyes inviolables y altísimas de todos los seres, y cada cual está bajo el imperio de la suya. Todo lo que vive, encuentra allí las leyes de la vida; todo lo que vegeta, las leyes de la vegetación; todo lo que se mueve, las leyes del movimiento; todo lo que tiene sentido, la ley de las sensaciones; todo el que tiene inteligencia, la ley de los entendimientos; todo el que tiene libertad, la ley de las voluntades. De esta manera puede afirmarse, sin caer en el panteísmo, que todas las cosas están en Dios, y que Dios está en todas las cosas.

Esto sirve para explicar por qué causa al compas mismo con que se disminuye la fé, se disminuyen las verdades en el mundo; y por qué causa la sociedad que vuelve la espalda á Dios, ve ennegrecerse de súbito con aterradora oscuridad todos sus horizontes. Por esta razón la religión ha sido considerada por todos los hombres, y en todos los tiempos, como el fundamento indestructible de las sociedades humanas: *Omnis humanae societatis fundamentum convellit qui religionem convellit*, dice Platon, en el libro 10 de sus leyes. Según Jenofonte (sobre Sócrates): «Las ciudades y naciones más piadosas han sido siempre las más duraderas y más sabias.» Plutarco afirma (contra Colotes), «que es cosa más fácil fundar una ciudad en el aire, que constituir una sociedad sin la creencia de los dioses.» Rousseau, en el *Contrato Social*, libro 4.º, capítulo 8.º, observa «que jamás se fundó Estado ninguno sin que la religión le sirviese de fundamento.» Voltaire dice, *Tratado de la tolerancia*, capítulo 20, «que allí donde hay una sociedad, la religión es de todo punto necesaria.» Todas las legislaciones de los pueblos antiguos descansan en el temor de los dioses. Polibio declara que ese santo temor es todavía más necesario que en los otros, en los pueblos libres. Numa, para que Roma fuese la ciudad eterna, hizo de ella la ciudad santa. Entre los pueblos de la antigüedad, el romano fué el más grande, cabalmente porque fué el más religioso. Como

César hubiera pronunciado un día en pleno Senado ciertas palabras contra la existencia de los dioses, luego al punto Catón y Cicerón se levantaron de sus sillas, para acusar al mozo irreverente de haber pronunciado una palabra funesta á la república. Cuéntase de Fabricio, capitán romano, que como oyese al filósofo Cineas mofarse de la divinidad en presencia de Pirro, pronunció estas palabras memorables: «Plegue á los dioses que nuestros enemigos sigan esta doctrina, cuando estén en guerra con la república.»

La disminución de la fé, que produce la disminución de la verdad, no lleva consigo forzosamente la disminución, sino el extravío de la inteligencia humana. Misericordioso y justo á un tiempo mismo, Dios niega á las inteligencias culpables la verdad, pero no las niega la vida; las condena al error, mas no á la muerte. Por eso todos hemos visto pasar delante de nuestros ojos esos siglos de prodigiosa incredulidad y de altísima cultura, que han dejado en pos de sí un surco, menos luminoso que inflamado en la prolongación de los tiempos, y que han resplandecido con una luz fosfórica en la historia. Poned, sin embargo, en ellos vuestros ojos; miradlos una vez y otra vez, y vereis que sus resplandores son incendios, y que no iluminan sino porque relampaguean. Cualquiera diría que su iluminación procede de la explosión súbita de materias de suyo oscuras, pero inflamables, mas bien que de las purísimas regiones donde se engendra aquella luz apacible, dilatada suavemente en las bóvedas del cielo, con soberano pincel por un pintor soberano.

Y lo mismo que aquí se dice de las edades, puede decirse de los hombres. Negándoles ó concediéndoles la fé, les niega Dios ó les quita la verdad: ni les dá ni les quita la inteligencia. La de los incrédulos puede ser altísima, y la de los creyentes humilde. La primera empero no es grande, sino á la manera del abismo; mientras que la segunda es santa, á la manera de un tabernáculo: en la primera habita el error, en la segunda la verdad. En el abismo está, con el error, la muerte; en el tabernáculo, con la verdad, la vida. Por esta razón, para aquellas sociedades que abandonan el culto austero de la verdad por la idolatría del ingenio, no hay es-



peranza ninguna. En pos de los sofismas vienen las revoluciones, y en pos de los sofistas los verdugos.

Posee la verdad política el que conoce las leyes á que están sujetos los gobiernos; posee la verdad social el que conoce las leyes á que están sujetas las sociedades humanas; conoce estas leyes el que conoce á Dios; conoce á Dios el que oye lo que él afirma de sí, y cree lo mismo que oye. La teología es la ciencia que tiene por objeto esas afirmaciones. De donde se sigue, que toda afirmación relativa á la sociedad ó al gobierno, supone una afirmación relativa á Dios; ó lo que es lo mismo, que toda verdad política ó social se convierte forzosamente en una verdad teológica.

Si todo se explica en Dios y por Dios, y la teología es la ciencia de Dios, en quien y por quien todo se explica, la teología es la ciencia de todo. Si lo es, no hay nada fuera de esa ciencia, que no tiene plural; porque el todo, que es su asunto, no le tiene. La ciencia política, la ciencia social no existen, sino en calidad de clasificaciones arbitrarias del entendimiento humano. El hombre distingue en su flaqueza lo que está unido en Dios con una unidad simplicísima. De esta manera distingue las afirmaciones políticas, de las afirmaciones sociales y de las afirmaciones religiosas; mientras que en Dios no hay sino una afirmación, única, indivisible y soberana. Aquel que cuando habla explícitamente de cualquiera cosa, ignora que habla implícitamente de Dios, y que cuando habla explícitamente de cualquier ciencia, ignora que habla implícitamente de teología, puede estar cierto de que no ha recibido de Dios sino la inteligencia absolutamente necesaria para ser hombre. La teología, pues, considerada en su acepción más general, es el asunto perpétuo de todas las ciencias, así como Dios es el asunto perpétuo de las especulaciones humanas. Toda palabra que sale de los labios del hombre, es una afirmación de la divinidad, hasta aquella que le maldice ó que le niega. El que revolviéndose contra Dios exclama frenético diciendo: «te aborrezco, tú no existes,» expone un sistema completo de teología; de la misma manera que el que levanta á él el corazón contrito, y le dice: «Señor, hiere á tu siervo que te adora.» El primero arroja á su rostro una blasfemia;

el segundo pone á sus pies una oración: ambos empero le afirman, aunque cada cual de su manera, porque ambos pronuncian su nombre inenunciable.

En la manera de pronunciar ese nombre está la solución de los más temerosos enigmas: la vocación de las razas, el encargo providencial de los pueblos, las grandes vicisitudes de la historia, los levantamientos y las caídas de los imperios más famosos, las conquistas y las guerras, los diversos temperamentos de las gentes, la fisonomía de las naciones, y hasta su varia fortuna.

Allí donde Dios es la infinita sustancia, (1) el hombre, entregado á una contemplación silenciosa, dá la muerte á sus sentidos, y pasa la vida como un sueño, acariciado por brisas olorosas y

(1) Aquí el autor habla del panteísmo oriental. El que quiera tener una idea de este absurdo sistema religioso, que niega la sustancia de las cosas creadas, y según el cual todo, exceptuando la sustancia infinita, no es más que mera apariencia é ilusión, lea la excelente obra de Maret, titulada *Ensayo sobre el Panteísmo* en las sociedades modernas, especialmente el cap. 4.º en que trata del *Panteísmo filosófico-Filosofía vedanta*; y por lo que respecta á los efectos históricos de este sistema, vea el cap. 5.º, núm. 3, en que se habla del Yoguiismo de las Indias, una de las aplicaciones más exageradas del error religioso dominante en aquellas regiones. Hé aquí un rasgo tan triste como curioso, que por vía de muestra extractamos de la citada obra. — «El Yogui, dice, es un solitario que con la mira de alcanzar la unión más perfecta con el ser infinito, se segrega de la sociedad humana, abandona todos los cuidados de la vida, se despoja de toda actividad, de todo pensamiento concreto, y se absorbe enteramente en la muda contemplación del *yo infinito*. Las selvas, los yermos de la India y las cercanías de los lugares sagrados están poblados por centenares de hombres tan maravillosos, que suelen estar á veces años enteros clavados en tierra en una sola postura, sin mover pié ni mano. El poeta Kalidas nos describe en el poema de la Sacontala á uno de estos célebres fanáticos: léese allí que preguntado el conductor del carro de Indra por el rey Dushmanta dónde se encuentra el retiro del solitario á quien va buscando, le responde aquel: penetra en ese bosque sagrado, y hallarás á un piadoso Yogui con espesa y crespa cabellera, que está inmóvil con los ojos fijos en el disco del sol: miralo, y verás su cuerpo medio cubierto por la arcilla que en él van dejando las ramas que brotan á su alrededor: una piel de serpiente, que le rodea la cintura, le sirve de cingulo sacerdotal: enlázanse á su cuello plantas nudosas, de follaje espeso, y en sus hombros y cabeza han hecho nido las aves.» — Según Schlegel, esta descripción no debe tomarse por una hipérbole de poeta, ó por un capricho imaginario, pues son muchos, dice, los testigos oculares que deponen de su exactitud, y que la narran en términos muy semejantes. En esta condición del ser completamente absorto, y en este estado de aberración mental hace consistir el panteísmo indico el ideal de la perfección humana.



enervantes. El adorador de la infinita sustancia está condenado á una esclavitud perpétua y á una indolencia infinita : el desierto tendrá para él algo de divino sobre la ciudad, porque es mas silencioso, mas solitario y mas grande; y sin embargo no le adorará como á su dios, porque el desierto no es infinito. El Océano seria su única divinidad, porque lo abarca todo, si no hubiera, extrañas turbulencias y ruidos extraños. El sol, que todo lo alumbra, sería digno de su culto, si no abrazara con su vista su disco resplandeciente. El cielo seria su señor, si no hubiera lumbreras; y la noche, si no tuviera rumores. Su dios es todas estas cosas juntas: inmensidad, oscuridad, inmovilidad, silencio. Allí se levantarán á lo alto y de repente, por la secreta virtud de una vegetacion poderosa, imperios colosales y bárbaros, que caerán con estrépito en un dia, abrumados por la inmensa pesadumbre de otros mas gigantescos y colosales, sin dejar rastro en la memoria de los hombres, ni de su caída ni de su levantamiento. Los ejércitos estarán sin disciplina, como los individuos sin inteligencia. El ejército será, ante todas cosas y principalmente, muchedumbre. La guerra tendrá menos por objeto averiguar cuál es la nacion mas heroica, que cuál es el imperio mas populoso; la victoria misma no será un título de legitimidad, sino porque es el símbolo de la divinidad, siendo de la fuerza. Como se vé, la teología y la historia indostánica son una cosa misma.

Volviendo los ojos al Occidente, se vé, como tendida á sus puertas, una region que da entrada á un nuevo mundo, en lo moral, en lo político y en lo teológico. La inmensa divinidad oriental se descompone allí, y pierde lo que tiene de austero y de formidable: su unidad es multitud. La divinidad era allí inmóvil; la multitud bulle aquí sin reposo. Todo era allí silencio; todo es aquí rumores, cadencias y armonías. La divinidad oriental se prolongaba por todos los tiempos, y rebotaba por todos los espacios. La gran familia divina tiene aquí su árbol genealógico, y cabe toda con anchura en la cumbre de un monte. Una eterna paz reposa en el dios del Oriente: todo es aquí, en el alcázar divino, guerra, confusion y tumulto. La unidad política pasa por las mismas vicisitudes que

la unidad religiosa: aquí es un imperio cada ciudad, mientras que allí todas las muchedumbres formaban un imperio. A un dios corresponde un rey; á una república de dioses otra de ciudades. En esta multitud de ciudades y de dioses todo será desordenado y confuso. Los hombres tendrán un no sé qué de heroico y de divino, y los dioses un no sé qué de terrenal y humano. Los dioses darán á los hombres la comprension de las grandes cosas y el instinto de las cosas bellas, y los hombres darán á los dioses sus discordias y sus vicios. Habrá hombres de alta fama y virtud, y dioses incestuosos y adúlteros. Impresionable y nervioso, ese pueblo será grande por sus poetas y famoso por sus artistas, y se dará al mundo en espectáculo; la vida no será bella á sus ojos, sino en cuanto resplandece con los reflejos de la gloria; ni tendrá á la muerte por tremenda, sino en cuanto la siga el olvido: sensual hasta en la médula de sus huesos, no verá en la vida sino los placeres; y tendrá la muerte por dichosa, si muere entre flores. La familiaridad y el parentesco con sus dioses hará á ese pueblo vano, caprichoso, locuaz y petulante; falto de respeto á la divinidad, carecerá de gravedad en sus designios, de fijeza en sus propósitos, de consistencia en sus resoluciones. El mundo oriental se presentará á sus ojos como una region llena de sombras, ó como un mundo poblado de estatuas: el Oriente á su vez, poniendo los ojos en su vida tan efimera, en su muerte tan temprana, en su gloria tan breve, le llamará pueblo de niños. Para el uno la grandeza está en la duracion, para el otro en el movimiento. De esta manera la teología griega, y la historia griega y el temperamento griego son una misma cosa.

Este fenómeno es visible sobre todo en la historia del pueblo romano. Sus principales dioses, de familia etrusca, por lo que tenían de dioses eran griegos, por lo que tenían de etruscos eran orientales; por lo que tenían de griegos eran muchos, por lo que tenían de orientales eran austeros y sombríos. En política como en religion, Roma es á un tiempo mismo el Oriente y el Occidente. Es una ciudad como la de Teseo, y un imperio como el de Ciro: Roma figura á Jano: en su cabeza hay dos caras, y en sus dos ca-